

Este es un extracto de nuestra tesis de licenciatura, titulada: *Herejes y predicadores. Política y periodismo en la Revista Humor durante la primera presidencia de Menem*. En tanto que extracto se trata de una amputación. Sin embargo, creemos que el escrito que va a leerse soporta una lectura aislada del conjunto del trabajo. En todo caso, hemos tomado algunas precauciones para evitar posibles vacíos o sobrentendidos.

Es importante que destaquemos algunas líneas de la tesis en general, y de este extracto en particular. En relación con la tesis debemos decir que está compuesta por dos apartados de reflexión teórico-metodológica y tres capítulos centrales. Cada capítulo tiene vida propia. Asumiendo como acertado el postulado de Saussure según el cual el punto de vista crea el objeto, podríamos decir que habiendo trabajado sobre un mismo material –artículos de una revista- hemos terminado por abordar tres objetos de estudio. Desde ya, no se trata de una multiplicación gratuita. Los tres capítulos se reenvían, de modo que su lectura integral resulta necesaria.

En el primer capítulo intentamos desarrollar un análisis de la práctica periodística de Humor, pensando la revista en tanto agente del campo periodístico argentino durante el período 1989-1995. Definimos esa intervención como *contrainterpretación vigilante*. En el trajinar de esa contienda, los artículos de análisis de la revista Humor revelan la densidad política de la disputa por la ética profesional en la actividad periodística.

En el segundo capítulo buscamos dar cuenta de algunas características singulares (que definimos como *maneras*) que asumió el periodismo de *Humor* en el curso de su confrontación con el menemismo.

Y en el tercero –el que aquí presentamos- pretendimos, a partir de la valoración de la faz intelectual del trabajo periodístico, dar cuenta de la posición que asumió la revista en la lucha política durante la primera presidencia de Menem.

Al respecto, debemos señalar que nuestro análisis, en este escrito, gira sobre algunos ejes recurrentes: 1) asumimos que toda lucha política es una contienda en la que, *en una de sus dimensiones*, se disputan las representaciones (en tanto percepciones cristalizadas) del mundo social; 2) postulamos que el modo en que *Humor* fue antimnemista se caracterizó, *sobre todo*, por una moralización de la política, entendida esta última como una de las facetas principales del antimnemismo; 3) entendemos que existen implicancias de la labor intelectual que escapan a aquellos que, por su posición en la división del trabajo social, trabajan *de* intelectuales; de otra manera: “el intelectual” es una institución, y como tal está sometida a los soplidos de la historia, en este sentido hemos aceptados que “el periodismo” opera como dispositivo de producción de discursos de verdad y “los periodistas” como agentes –como *intelectuales*- de ese dispositivo social; 4) detectamos que a lo largo de la primera presidencia de Menem, los periodistas de *Humor* no fueron contendientes en *apenas* una coyuntura política, sino que disputaron –con plena autoconciencia de tal disputa- algo tan abstracto –pero tan dramático y palpable- como el sentido de su época.

La lucha política como disputa simbólica
Dilemas intelectuales del antimnemismo

1. La pregunta

“¿Cómo interpretar al menemismo?”, se preguntaban Marcos Novaro y Vicente Palermo en 1996, en la apertura de su libro *Política y poder en el gobierno de Menem*. De algún modo, esa es la pregunta que puede hilar el vasto conjunto de artículos de la revista Humor que aquí sometemos a estudio. No necesariamente porque en ellos esa pregunta esté explícitamente formulada. En realidad, lo que encontramos a lo largo de los seis años analizados, es el ejercicio de ese interrogante, que para el analista político implica un principio de descolocación: esa pregunta es la de quien está buscando poner las cosas en su lugar, ordenar, elaborar o recuperar una lógica de percepción.

El menemismo (que para *Humor*, como vimos, fue más que un gobierno o un equipo de gobierno) provocó un cimbronazo: dislocó, con su comportamiento, las *claves de lectura* de los analistas políticos de la revista. Es cierto que ellos no fueron los únicos descolocados; Novaro y Palermo, explicando la pertinencia de aquella pregunta, apuntaban sus razones: “Cualquiera sea la valoración que hagamos de este fenómeno excepcional de la política contemporánea argentina, estaremos de acuerdo en que ha conllevado la ruptura de no pocas tradiciones, formas de relación y esquemas de comprensión que durante largo tiempo

ordenaron nuestra vida colectiva” (1).

El menemismo no significó solamente una racionalidad económica, apoyada en un plan de reformas políticas que ciertos análisis asociaron a la aplicación del llamado “Consenso de Washington” y al modelo neoliberal. Sintiendo en carne propia, las lecturas críticas de los analistas de *Humor* se suponían presas de un laberinto tramposo, de un mosaico social contradictorio, de una existencia moral ambigua. El tema, escabroso por cierto, era dilucidar las virtudes de un fenómeno que -por sobre lo que alertaban algunos índices estadísticos e investigaciones periodísticas acerca del avance de la pobreza, la corrupción y la desocupación- marchaba a través de un río místico, incomprensible, irritablemente legitimado por la quintaesencia de cualquier sistema democrático: las elecciones. Entonces, lo ineludible era comprender un cuerpo social asociado con los patrones morales y éticos del poder político. Y allí no quedaban muchas opciones. Los periodistas de *Humor*, observadores confundidos, diagnosticadores de una “realidad paradójica”, psiquiatras morales, profetas pesimistas eligieron advertir, anunciar y criticar: tres acciones que configuraron una intervención colectiva, periodística, política, intelectual y pasional, sobre el tiempo presente y el tiempo futuro de la matriz menemista.

¿Matriz menemista? Por cierto, es allí donde radica la idea de destrabar “el rompecabezas de los imaginarios de la población”. Porque la oposición política (incluida la querrela periodística contra el menemismo), no implicó un control asequible de los argumentos. ¿Por qué, sino, tanto pronóstico, tanta premonición apocalíptica, tanta retórica moral sobre el comportamiento social, si es que se tenían seguridades analíticas sobre el proceso político que se filtraba ante los ojos? Principalmente, a raíz de un doble movimiento: por un lado, la certeza de que su opinión crítica sustentaba un valor racional ausente en la lógica del modelo. La interpelación al modelo menemista se suponía lúcida y contundente. Se configuró así un *discurso herético*, porque operó a contracorriente. Por otro lado, una ambigua incredulidad de los periodistas frente al hecho de que la legitimación social fuera producto de un comportamiento genuino y racional. Ambigua: porque al tiempo que sancionaron por egoístas a los que votaban a Menem por conveniencia cortoplacista, parecían desestimar la ecuación según la cual la gente pudiera elegir a Menem porque leía su plataforma política y *pensaba* las consecuencias.

Los periodistas de *Humor* tuvieron una posición precisa respecto al menemismo: rechazaron su retórica, su estética, su política: se mostraron como resilientes éticos, tanto desde la observación moral como la intervención periodística, dentro de un circo de pizza con champagne que situaba a la sociedad en un estado de anestesia mental. Fue como haber dejado ofrenda de un sacrificio intelectual: de allí tanta advertencia apocalíptica como también la mención de un purgatorio social y el anuncio de futuras penitencias. Sacerdotes de la moral, pero también profanos que se disponían a desenmascarar un mito sacralizado (el menemismo), que justamente en el acto de sacralización devoraba.

Los periodistas de *Humor* rechazaron al menemismo en conjunto y sin concesiones: pero mientras tanto intentaban comprenderlo. Y si intentaban comprenderlo era porque no podían comprenderlo: no podían entender, por sobre todas las cosas, su legitimidad (2). A veces esa dialéctica se tornó maldita: lo que por un momento se les aparecía entendible, de inmediato se volvía incierto. Y entonces empezaban de nuevo. A ese reflujo lo denominamos *tránsito circular*: es un tránsito que va de la esperanza en la derrota del gobierno al escepticismo que provoca su reiterado poderío electoral.

¿Cómo interpretar al menemismo?: la pregunta implica, además, asumir un *compromiso*, o tal vez, una *misión*; el interrogante no puede ser satisfecho si tan sólo se lo responde por un ejercicio introspectivo: se trata de una pregunta que presupone una *necesidad social*. Y sobre todo, tiene una impronta de urgencia presente: no es una pregunta retrospectiva, no es la pregunta del historiador. Es decir, si Palermo y Novaro se detenían, pasada ya la primera presidencia de Menem, a preguntarse cómo interpretarlo –es decir, con qué categorías, con qué herramientas conceptuales, desde qué tradiciones teóricas, según cuáles posicionamientos políticos- los periodistas de *Humor* preguntan y responden al mismo tiempo que se constituye aquello que quieren entender. El menemismo *está siendo*, se *está haciendo*, y los analistas de *Humor* asisten –ofuscados o desconcertados, lúcidos o equivocados, desmoralizados o esperanzados- al desarrollo de ese fenómeno político que define *una época*.

Se entiende entonces que los alcances del interrogante por cómo entender al menemismo son vastos: está en juego el sentido de una época: *su época*.

Por el mismo tiempo –los primeros noventa- el sociólogo Horacio González escribía un ensayo sobre *Página/12* –esa gran sorpresa y renovación del periodismo gráfico masivo de fines de los ochenta- y sostenía (1992:124-125) que el menemismo (“un escenario que cuenta con obtusos funcionarios y burócratas ávidos”) y sus opositores (“la ramificada arboladura de comunicadores, políticos de aquí y de allá, opositores moderados o no, intelectuales de los medios o con funciones diversas que se consideran adversos al actual orden político y social”) compartían una “fina atmósfera común de afinidades y parecidos”. El menemismo, condensaba González, “no es sólo el lado activo y ostensiblemente abyecto de este complejo cultural sino su producto mismo, no por eso indemne a la condena ética y social. Retrato global, sin duda cruel, de una seguidilla de almas de época (...) el menemismo no ha encontrado aún sus verdaderos críticos”. Hablaba, en gran medida, de la crítica política que *podía*

llegar a ejercer periodismo; hablaba, claro, de *Página/12*, que para González acertaba con “la investigación periodística” pero pifiaba con la crítica cultural del período. Y decía, esta vez de modo genérico: “un diario –un buen diario crítico- es la crítica que una época prepara como cultivo de su mala conciencia”. Entendemos que *Humor* participa de ese enunciado, es uno de sus destinatarios: en esos artículos está sembrada la culpa de una época que podría haber sido de otro modo (3).

Esto no se les escapó a los periodistas de *Humor*. “Pero entonces, se pregunta Álvaro Abós (La jungla informativa, *Humor* 342), *¿qué son los medios informativos? ¿El barómetro de la madurez intelectual de una sociedad o el instrumento de su confusión, y un tobogán hacia la frivolidad y el conformismo? Las dos cosas al mismo tiempo, cara y cruz de nuestra época compleja, miseria y grandeza de este tiempo*”.

“La nueva crítica periodística, seguía González, (...) vuelve a plantearse la sorpresa ante el objeto, sin lo cual no hay crítica. La idea de “objeto nuevo” –no porque *siempre* haya novedad sino porque la crítica siempre construye objetos nuevos- es lo que caracteriza el moderno periodismo que es la crítica-espejo de la época. No puede dejar de criticar y no puede dejar de pertenecer a lo que critica”.

Si no se nos objeta la transferencia, podemos decir que *Humor* fue, en esta época que nosotros analizamos, un efecto del menemismo. Por reacción, por resistencia, por oposición, por antagonismo. Compartió la fina atmósfera y logró hacer un retrato global de las almas de época. Hizo periodismo de investigación, persiguió corruptos, escrachó rufianes, abogó por una democracia justa y equitativa, denunció las prebendas de privatizaciones, radiografió las transformaciones “estructurales” a las que el país era sometido por la conjunción de la avanzada neoliberal y la audacia del “populismo-conservador” de Menem. Hizo todo eso, sí. Pero el trabajo *intelectual* se desarrolló en una intensa crítica cultural, sociológica, por momentos médica, siempre antropológica: en el todo estaba el menemismo.

2. ¿Intelectuales o periodistas? Tensiones de la década del '90

Hemos dicho que la emergencia del menemismo fue descolocante: al menos, eso es lo que nos revelan los testimonios de aquellos que asumieron la necesidad de decirlo, que estaban *en posición* de decirlo. Porque como veremos, la propiedad de los instrumentos de elaboración y difusión de las percepciones sociales –la publicación de lo que de otro modo permanece desperdigado en múltiples subjetividades- es un rasgo que define la labor del intelectual público.

Pero regresemos a la idea madre: la descolocación del intelectual por el menemismo. Tomás Abraham (2002b) lo planteaba desde una pregunta: “¿Qué pasó en la década del noventa? ¿Qué nuevo desafío implicó para un intelectual? El intelectual tradicional, educado en las letras y las ciencias sociales, no estuvo preparado para las consecuencias de la política menemista. Al desprestigiar la economía y a los economicistas se quedó sin lenguaje. El intelectual crítico se refugió en lo ya sabido, en sus autores conocidos, con los problemas ya respondidos. De la política que se ocuparan los perros. Por ejemplo, los economistas” (4).

Era la punta del ovillo: señalar los modos en que el campo político *superaba* las capacidades de reflexión del mundo intelectual. Veamos cuál es la postura de Vicente Zito Lemma al respecto: “En la década del noventa en este país, la década del menemismo, hubo un retroceso muy fuerte en la conciencia de los intelectuales y los artistas; es decir, la mayor parte de los que podemos llamar “el mundo del arte” se cobijó más bien en una estética posmoderna que por supuesto fue alentada por el poder y dio pie a investigaciones, a creaciones que incluso tienen lo que podemos llamar un valor estético -en mi criterio- residual, pero no un valor artístico profundo” (5) (en “La piel del otro”, Entrevista a Vicente Zito Lemma, La Tecla, revista digital, en www.icarodigital.com.ar). No hay que olvidarse de retener el concepto de “retroceso de la conciencia” que sugería Zito Lemma. Porque fue otra de las luchas de *Humor* evitar tal problema.

Si, como dijimos, darse a la tarea de entender al menemismo había sido una faena escabrosa, otro tanto ocurre –aunque sin tanta vida en juego, por cierto- con los intentos por definir los contornos precisos de la figura del intelectual. Está en juego, más que la definición de una tipología sociológica –producto de una división del trabajo social-, el peso del prestigio, del estatus que confiere a “una persona” la autoridad para hablar de algunas cuestiones con, precisamente, autoridad. Y hay más, claro, pero es un tema que –como suele decirse, en una especie de raptó geográfico- escapa a los límites de nuestro trabajo.

Pero sí nos gustaría dejar testimonio de ciertas rispideces que se dieron con mucho ahínco en los '90, con la consolidación del menemismo, pero que tal vez debamos asignar al avance (fenomenal por su poder abarcador en sus alcances sociales) de la mediatización de la sociedad. Se trata de las tensiones que, aparentemente, ponen en lugares encontrados al “intelectual” tradicional y el periodista que, en esta nueva era, asume la potestad de hablar con autoridad sobre lo social.

¿Intelectuales o periodistas? Quizás la pregunta encierre un maniqueísmo inútil, y por sobre todas las cosas, una pueril obviedad: ¿no es toda tarea periodística una manera de intelectualizar un problema, un análisis, una postura, por más superflua que ésta última resulte? En todo caso, podrían plantearse ciertas observaciones: ¿cómo definir lo intelectual en el periodismo? ¿Cómo diferenciar la tarea de un periodista de la de un intelectual? ¿No es éste un debate ya anacrónico? ¿O acaso no se asoció a

Rodolfo Walsh, David Viñas, Juan Gelman, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez, todos ellos partícipes de algún ejercicio periodístico, a intervenciones intelectuales paradigmáticas?

Nosotros, por prepotencia de investigación, ya lo afirmamos: presentamos ciertas problemáticas como *dilemas intelectuales*. Pero no por ello coartamos la duda.

Fue uno de los teóricos de la comunicación quien planteó algunas objeciones al respecto. Hablamos de Dominique Wolton, para quien intelectuales y periodistas son dos categorías diferentes, casi opuestas. Así lo reflexionó: “El creciente poder del papel de los periodistas en el espacio público lleva a una degradación de sus relaciones con los otros sacerdotes de este espacio que son los intelectuales. Hoy en día, la mediatización de ciertos intelectuales hace que este medio pierda el lugar de experto exterior al juego social que tenía con anterioridad, y el papel creciente de los periodistas en el espacio público hace menos útil recurrir a los intelectuales” (6).

Está claro que Wolton asigna a la palabra intelectual un sentido restringido: esa intervención experta que se ilumina bajo el carácter de sumo pontífice de la reflexión. Y más allá de que podamos coincidir con su planteo sobre el creciente poder de los periodistas en el espacio público, nos interesa disentir con su análisis diferenciador. Creemos, y apoyamos tal conjetura en la práctica de *Humor*, que es posible hallar dilemas intelectuales –la clase de preguntas que reclaman un saber específico y un tiempo reactivo a la inmediatez- en el quehacer periodístico. En *Humor*, además, como ya hemos consignado, aparecen otras variables inherentes a toda acción del intelecto: la duda, la pasión, la confusión, el deseo, la rabia, la incompreensión. De este modo, los periodistas también son *intelectuales* (7): piensan, confrontan, interrogan, previenen, polemizan, se contradicen. Pero lo que tal vez sea más definitorio, es que ocupan un lugar social y están investidos con la legitimidad de hablar. Es parte de la práctica y no una cualidad que los hace superiores (8).

Por otro lado, Beatriz Sarlo apuntaba cierto análisis emparentado con el argumento de Wolton: “En la historia cultural y política argentina, los intelectuales (en su versión tradicional, letrada) fueron arquitectos eficaces de la opinión pública: la república liberal, el nacionalismo antiimperialista, el populismo nacionalista, el democratismo, la idea misma de transformación social en un sentido de justicia, fueron ideologías formuladas por intelectuales. Las ideas comunes venían de ellos tanto como de la experiencia de masas o de la lucha política. Nadie se atrevería a sostener que este peso intelectual sobre la configuración de ideas se mantiene intacto. Intelectuales de nuevo tipo reemplazan a los tradicionales. Estos nuevos productores de ideas colectivas pertenecen al espacio de la cultura mediática más que a las viejas categorías de la cultura letrada ¿Quién compite con Grondona, en una punta y Mauro Viale en la otra?”.

Reflexión que nos acerca a un registro más cercano de la profesión periodística en la década del '90. Ya observamos la operación que desde *Humor* se plasmó sobre otros criterios y modos del procedimiento periodístico: cómo se utilizó una *contrainterpretación vigilante*, de qué modo se elaboró un proceder ético en tal confrontación. Las variantes de un *malestar*, de un *deschave*. Que sucedían en tiempo y espacio.

La derrota de los intelectuales en manos de periodistas que Sarlo adjudicaba al poder de la cultura mediática, mereció reflexiones desde *Humor*: “¿Quién es más poderoso, Menem o Clarín?”, se preguntaba Héctor Ruiz Núñez y dicho interrogante no estaba formulado en el aire. Porque el periodismo tuvo un papel que ciertos análisis ubicaron en una caza protagónica del festín menemista. Otra paradoja: en un contexto de concentración mediática y de sensacionalismo noticioso, el periodismo se hacía fuerte públicamente denunciando los improperios del poder.

También tal percepción era señalada desde *Humor*: “*La prensa argentina es hoy una verdadera justicia paralela (por los casos de corrupción como el Dromigate, Swiftgate, Yomagate, Viccogate, denunciadas por Noticias, Somos, Clarín y Página/12) que, ante la falta de condenas judiciales, ha instituido el castigo de la condena social*”, sumaba Ruiz Núñez.

Lo que no podemos dejar de notar es que, efectivamente, hay una distancia cualitativa (y también cuantitativa) en las autopercepciones que los periodistas –que buena parte del periodismo, en realidad- hicieron de sí mismos sobre su rol en la década de 1990 y las que nos ofrecen los “intelectuales letrados”, tales Sarlo y Wolton. Salvo excepciones, el periodismo no se sintió irreverente intruso de un saber ajeno.

Pero más allá de percepciones y autopercepciones, lo cierto es que mucho antes de que la década de 1990 arriera, ya se estaba produciendo lo que Michel Foucault (1979:183-189) llamó la “muerte del gran escritor”. Lo hizo en la década de 1970, y el francés decía: “Vivimos actualmente la desaparición del ‘gran escritor’, es decir, del intelectual como “portador de valores universales”. En cambio, el intelectual que se va configurando “es más bien alguien que ocupa una posición específica –pero de una especificidad que está ligada a las funciones generales del dispositivo de verdad en una sociedad como la nuestra”. Foucault hablaba de las políticas de la verdad, no como disputa por el descubrimiento de lo verdadero, sino en torno al estatuto de la verdad, de las reglas que controlan la producción de la verdad.

Creemos que el periodismo ocupa un rol específico aunque su saber no lo sea (al menos, no puede blandir frente a los agentes

especializados –o expertos- más que su credencial de mediador). No es el físico nuclear –figura que Foucault destaca como encarnación de ese nuevo intelectual específico-, no participa en la legitimación de saberes científicos, aunque sí tiene potencia para hacer circular algunos de esos saberes que saltan el cerco académico tamizados por un lenguaje cuya pretensión primera y última es la escritura “blanca” (o el habla transparente). Es necesario considerar la participación del periodismo en las *políticas de la verdad* (o de las formas de la verdad) que dirimen las percepciones colectivas sobre lo social. *Los medios de comunicación, y los periodistas claro, manejan dispositivos propios de producción de verdad, y tienen un poder de inmersión social muy vasto, del que carecen los intelectuales tradicionales. En el contrato que ambos deben resolver (el periodismo para valorizar la rigurosidad de su mirada; el intelectual para sostener el monopolio de la palabra especializada) pierde, al parecer, el último, que debe adaptarse a las condiciones impuestas por el dispositivo y los imperativos del primero.*

Desde ya, no vamos a resolver esto ahora. Por lo pronto, nos gusta pensar en cierta actualidad de otras arengas que hablan de un modo más clásico del problema del intelectual; porque palabras tales como “la noción de intelectual supone, por parte del individuo a quien se aplica, una conciencia de su situación y de su papel”, afirmadas por Louis Bodin (1965), pronunciadas dentro de una urgencia histórica y política, como fue la década del ‘60, aún suenan convincentes para volver hacia *Humor* es sobre la base de la *conciencia de situación y la conciencia del papel, en este caso periodístico*, que las notas de opinión política toman estado de intervención intelectual: no una conciencia en términos marxistas ni entendida bajo una clarividencia incuestionable sino más bien como una elección en la toma de posición dentro del campo político (9).

3. El sentido de la época

El menemismo: dijimos que estaba en juego el sentido de la época. El *sentido*: la capacidad –o la posibilidad- de disputar su comprensión. En una de las tantas notas en que los analistas de *Humor* se reponían de las reiteradas victorias eleccionarias de Menem –en este caso, las legislativas de septiembre de 1991- Enrique Vázquez alentaba a la oposición –“a los sectores progresistas”- a replantearse sus ideas en la nota titulada: Es para pelear (*Humor* 298). Se preguntaba, alternativamente, qué es política y qué es democracia. Respondía, luego de repasar conspicuas definiciones sobre el primer término: “*Hace cuatro o cinco años, en esta misma revista, nos atrevimos a sugerir la más innovadora que habíamos conocido: “La política es la disputa por el sentido de una sociedad. Claro que las sociedades, para los pragmáticos, son como son, y punto, mientras que para los filósofos –los que incorporan el ingrediente moral- son lo que son pero también lo que deberían ser”.*

Ese tránsito entre el *ser* y el *deber ser* encauzó los análisis de los periodistas de *Humor*. En términos generales, para ellos, el presente del menemismo nunca fue lo que hubiera debido. Y el futuro, por eso, se condenaba de antemano. El menemismo –que pudo ser su objeto de crítica porque, como vimos, nunca fue tan obvio como para entumecer la sorpresa, aunque al mismo tiempo los colocó en un estado de estupefacción reiterada y reiterativa por la pasmosa facilidad con que, según ellos, la sociedad aceptaba la obvedad de lo perverso- el menemismo, decimos, anulaba las esperanzas, los *deseos*, que todo crítico moral contrariado por el presente cifra en un futuro promisorio. Los periodistas de *Humor* fueron, entre otras cosas, impugnadores morales, decepcionados, derrotados, impotentes.

La impotencia y la derrota: la última nota de nuestro corpus –correspondiente a la semana inmediatamente posterior a las elecciones presidenciales del 14 de mayo de 1995- se titula Chau Utopía. Ahora está claro: despedirse de la utopía era resignarse a la obvedad, la época a la cual pretendían encontrarle sentido los desarraigaba y les espetaba en la cara que ese no era el lugar, tampoco el momento: que allí *mal-estaban*, con las esperanzas de cargar el fétetro de aquel que, en realidad, nunca había muerto.

Pero claro, este es el final, y a nosotros nos interesa el *mientras tanto*. Y el *mientras tanto* es el combate político, la disputa por el sentido de la sociedad. Porque así lo definía Vázquez -y no como mera proposición personal-: decía “nos atrevimos a sugerir” la más innovadora definición que conocemos sobre la política.

Disputar el sentido, entonces: dar la batalla simbólica –en tanto contienda por el reconocimiento de las representaciones de lo social- inscrita en toda lucha política. Bourdieu (1990: 290) lo ha dicho con claridad: “El conocimiento del mundo social y, más precisamente, de las categorías que lo posibilitan es lo que está verdaderamente en juego en la lucha política, una lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo”.

Humor participó activamente en esa lucha y –lo que a los fines de nuestro trabajo es muy importante- lo hizo con autoconciencia de esa disputa simbólica. Daniel Larriqueta escribía (*Humor* 342:1993) “*Y aunque muchos políticos lo ignoren, las batallas políticas se pierden primero en el terreno de las ideas*”. Para *Humor* esa, la de las ideas, había constituido la primera derrota.

Esta aseveración está profundamente influida por la posición que la revista asumió frente al enorme interrogante social que le propuso el menemismo. Ya lo dijimos: ellos se preguntaban cómo era posible que el menemismo tuviera apoyo electoral, y una de

las respuestas aceptadas fue que un primer triunfo se había dado en el plano de la persuasión comunicacional. Héctor Ruiz Núñez, aseguraba (en el artículo Con el bolsillo o con la moral, *Humor* 296) bajo el subtítulo *Un proyecto bien vendido*, que el éxito del modelo estaba sostenido en dos motivos: “el fantasma de la hiperinflación” –que determina paradójicos apoyos en el ámbito de profesionales liberales y pequeños empresarios afectados por la recesión- y en la acción de los medios de comunicación, a través de los cuales *ha calado profundamente la doctrina del stateless (sociedad sin Estado) y el “capitalismo salvaje”*.

Acordamos con la aseveración de Bourdieu: la lucha por la legitimación de las percepciones sobre el mundo social constituye una parte insoluble de toda lucha política. ¿Pero qué eficacia política puede reclamar una lucha que se da sólo en el plano de las representaciones? Para Bourdieu “recordar que la percepción del mundo social entraña un acto de construcción no implica en modo alguno aceptar una teoría intelectualista del conocimiento: lo esencial de la experiencia del mundo social y del trabajo de construcción que esta experiencia implica se opera en la práctica, sin alcanzar el nivel de la representación explícita ni de la expresión verbal” (1990:289).

Proponer, entonces, que hay una dimensión de la lucha política que se resuelve en una confrontación de las representaciones no equivale a restar a esas luchas un carácter “material”, o a reducirlas a un hipotético plano de las “ideas” (es decir, un plano que pudiera existir con autonomía, o sin materialidad). Implica reconocer, a la inversa, que no hay lucha política en que no se disputen los modos legítimos de contener el devenir incesante de lo social, nominándolo, para disputar su conocimiento.

La batalla de las ideas. Creemos que Larriqueta se apresura al afirmar que es la primera parada de la lucha: en realidad, la de ideas es ya parte de la batalla total, es indisociable de una disputa por la transformación material. Por fin: ¿en dónde, sino en el *plano de las representaciones*, podría un medio de comunicación opositor encarar la disputa política por las visiones del mundo social?

En esa batalla, los periodistas (por el lugar estructural que ocupan dentro del espacio social) están en una *posición de poder* (10). Bourdieu sostiene que ese lugar es *objetivo*, pues se sobrevive más allá de la persona que lo encarne, de su arbitrio o voluntad: por eso es estructural. Pero más allá de esto, en algún momento aparece la necesidad de una elección: ¿para qué ocupar ese lugar y cómo utilizarlo?

Ya dijimos que *Humor* hacía algo distinto de lo que Bourdieu denomina “el inconsciente de la comunicación” (ocupar aquel lugar privilegiado sin la conciencia del poder de sus efectos). Hubo en nuestros periodistas una opción deliberada y por cierto plausible: un combate con denso arraigo ético, de fuerte impronta moral, bien informado, fuerte en el ataque y preparado para la defensa. Si nos fuera posible ponderarlo, lo haríamos con simpatía, les computaríamos un punto a favor, más allá o más acá de los acuerdos o desacuerdos circunstanciales. Es decir: nos atrae su actitud, que de ningún modo nos parece facilista.

Volvamos a la pregunta: ¿para qué y cómo ocupar un lugar de poder? El palestino Edward Said, en su libro *Representaciones del intelectual* (1996:96- 97) decía que “para el intelectual la búsqueda pendenciera de debate es el núcleo de su actividad, el verdadero escenario y marco de lo que los intelectuales hacen realmente sin revelación.” Pero, precavía, esto tiene sus condiciones de entrada: “¿Qué verdad y qué principios tendría uno que defender, sostener, representar? Ésta no es la pregunta de Poncio Pilatos, una manera de desentenderse de un pleito difícil, sino el comienzo necesario de una inspección del lugar donde se encuentra hoy el intelectual y del traicionero campo inexplorado de minas que lo rodea”.

Nosotros también podemos preguntar a *Humor* ¿qué *verdad* y qué principios buscaron defender, sostener, representar? Y apresurarnos a decir que la posibilidad de hacer esta pregunta ya dice bastante de las *tomas de posición* de la revista, entendidas como conjunto de respuestas constantes y regulares a problemas reiterados. En primer lugar, debemos decir que la pregunta por la verdad y los principios tiene un evidente sesgo moral y ético. Álvaro Abós (en Siete hipótesis sobre la corrupción, *Humor* 286) reclamaba la necesidad política de un movimiento progresista que hiciera eje en la ética y señalaba que la izquierda descreía, tanto como el menemismo, de que el argumento ético tuviera virtualidad para convertirse en el centro del debate político. Este sesgo, durante el período visitado, no es exclusivo de *Humor*. Marcos Novaro (2004:216) ha dicho que “las diferencias planteadas por el antimemenismo se afincaron tanto en el terreno ideológico (rechazo del neoliberalismo) como en el moral (rescate de lo público) y se reforzaron en el rechazo tajante del pragmatismo que, articulado a dichas diferencias, exaltaba una política de valores supuestamente abandonada por aquel”.

Fuese como fuese, hay aquí otra faz intelectual: la del periodista *organizador*, que a partir de una percepción de indignación (una resistencia política aplacada) propone y diagrama. He aquí un pequeño ejemplo de ello.

Por un lado, Enrique Vázquez (¡Fora Menem!, *Humor*326, septiembre de 1992) sostenía que el avance de las reformas menemistas había ganado legitimidad social fundamentalmente por una ausencia opositora: “No sólo se nos han amputado las provisiones constitucionales para casos como el que día a día protagoniza el presidente Menem, sino que (salvo sectores particularmente afectados) no hay movilización popular, no hay réplica alguna desde el Congreso, por supuesto que tampoco hay

un Vicepresidente de recambio y en consecuencia no hay alternativa al modelo menemista”.

Y por otro, el mismo Alvaro Abós (“Los mil chachos”, Humor 437, nov ’94) recomendaba que, para ganar en las elecciones, Chacho Álvarez no debía cerrar con ningún frente: “*Ortega y Gasset postulaba en 1927 la unidad de los contrarios. A partir de ahora, es el camino que deberá transitar Chacho Álvarez para ganarle a Menem. Apuntar, a la vez, a los que priorizan el frente social y a los que colocan en primer lugar la cuestión ética. Si quiere ganar, Chacho debe convertirse en mil Chachos. Si se trata en cambio de guardar coherencia, más le valdría permanecer en su rol de intelectual (...) O se planta cara al régimen para derrotarlo o nos vamos todos a casa a teorizar tranquilamente hasta 1999”.*

Es otra vuelta de tuerca a la problemática ética: ha llegado a tal extremo la silenciosa perpetuación del menemismo (en tanto hegemonía política sobre tres aspectos principales: realidad, verosimilitud y simbolismo) que las opciones de alternativa, si se pretenden viables, deben desechar toda idea de *coherencia*. Constituye otra variante de la hermenéutica sobre la verdad menemista: para salir del estado de derrota, sugiere Abós, no vale siquiera empatarlo sino que hay que tratar de vencerlo en su propia ley: el pragmatismo ateórico. Se le reconoce, por tanto, un poder titánico, colosal, abrumador. Un antagonista desmesurado ese Menem. La propuesta frentista, aunque ponga en primer lugar la causa ética, se apoya inexorablemente dentro de tal pensamiento: una coalición de fuerzas, una alianza de sectores: al monstruo sólo se lo derroca con ímpetu de liga, de mancomunidad.

4. Humor y la condensación de las percepciones diseminadas

Ahora bien: queremos indagar en las disputas por el sentido de la sociedad, por la lucha política que, en una de sus manifestaciones, se resuelve en el orden simbólico, en las tensiones por sostener y legitimar unas percepciones del mundo social. Este es el conflicto que late bajo la pregunta por cómo interpretar al menemismo, la cual, retirada de un libro de análisis académico-teórico y colocada como disparador de las deliberaciones de nuestros periodistas, adquiere un matiz perentorio: de necesidad y urgencia.

Pero ¿qué puede enseñarnos *Humor* al respecto? Mucho, si podemos ubicar a la revista en relación con el cuerpo de lectores para el que escribe. Si le asignamos a la lucha política una faz de contienda simbólica que se da en el plano de las representaciones, entonces podemos pensar que *Humor*, al ofrecer percepciones (al publicarlas, y por eso, al objetivarlas) está *representando*, es decir, dando existencia, a determinado grupo social, en este caso pensado como cuerpo de lectores.

Esa posición de “representantes” es un presupuesto fuerte de nuestro análisis. Como “medio de comunicación” su supervivencia en el tiempo se realiza si existe un conjunto de lectores que comparte un campo común de intereses y percepciones sobre el orden social (con quienes renueva periódicamente su *contrato de lectura*) (11). Y no hace falta suponer que comparten *todas* las afirmaciones (12): basta con pensar al medio de comunicación como un “lugar” de condensación de discursos, es decir, allí donde las percepciones de lo social, de ordinario diseminadas y multiplicadas, se agrupan y se colisionan y por tanto se cristalizan públicamente. Este sólo hecho, que asumimos como presupuesto, es ya determinante para pensar la lucha política en los términos en que aquí la entendemos.

Al respecto, Bourdieu dice (1990: 290): “La capacidad de dar existencia explícita, de publicar, de hacer público, es decir, objetivado, visible, decible o, incluso, oficial a aquello que, al no haber accedido a la existencia objetiva, continuaba en estado de experiencia individual o serial –malestar, ansiedad, expectación, inquietud- representa un formidable poder social, el poder de hacer los grupos haciendo el *sentido común*, el consenso explícito, de todo grupo”.

De fondo se oye el galopar de un problema que al que Bourdieu ha dedicado algún estudio: el de la representación y el fetichismo de la delegación. Básicamente, el planteo del francés es que el mecanismo de la representación está sometido a un efecto paradójico (que es del orden del fetichismo): el grupo que elige a una persona a través de la cual expresará su voluntad, en realidad sólo existirá a través de la voz del representante, y no antes. Es el representante el que hace al grupo (que en rigor, es aquello que permanecía en estado de “experiencia individual o serial”) y no a la inversa.

Con los cuidados del caso, este mecanismo puede extenderse al funcionamiento de un medio de comunicación y más a uno que reconoce explícitamente su lugar de pertenencia (13).

Humor, entonces, como representante de una de las formas del antimemismo. Dotados del poder de hacer visible estados que permanecían diseminados, los periodistas están, en su combate, haciendo al grupo al que idealmente le hablan (14). Pero no sólo. Porque si como señala Herman Parret “el intercambio comunicativo se presenta (...) como la dialéctica de un hacer persuasivo y un hacer interpretativo”; si “siempre que la verdad es un objeto de comunicación hay persuasión de un lado, y verdad fiduciaria del otro”; si, por tanto, “tal como los relatos, los argumentos son una búsqueda de la victoria”, entonces no tendría sentido hablarle al vencido. O no sólo.

Hay, en realidad, un espacio compartido. Parret utiliza una figura plausible. Habla de “los estados epistémicos”, es decir, creencias,

opciones, presunciones, convicciones, y también de “motivos eróticos”, o sea, deseos. Para usar palabras de Horacio González, podríamos decir que la conjunción de ambos (estados epistémicos y motivos eróticos) forma “un fina atmósfera”, delimita un terreno de preocupaciones compartidas en el que pueden darse acuerdos y desacuerdos sin forzar la ruptura del contrato con el lector.

Y más allá de la fina atmósfera, la batalla argumentativa. Es decir: la incertidumbre, porque si todas fueran certezas, entonces la argumentación se limitaría a un simulacro, cuyo pobre objetivo sería *hacer-como-que* hay algo en juego, como el partido que se juega previa coima al equipo contrario. En cambio, el espacio de incertidumbres obliga a dar batalla. Cómo evidenciar esto en los artículos que hemos analizado probablemente sea una tarea que no podamos resolver con eficacia. En todo caso, se trata de una premisa que nos permite entender un párrafo de González que nos ha resultado muy sugerente. El sociólogo argentino ha escrito (1995:16) que ciertas actitudes de un diario (por caso el tono de indignación) “reposan sobre un orden previo de rechazos. Están desde ya almacenados en la conciencia del lector identificado en el cual el diario piensa. “Desde luego” -dice González- y esta suposición es la que nos atrae, “todo diario ya está escrito por sus lectores, que en realidad no leen. Cuando leen, lo que hacen es poner en juego una moral de lectura. Aquella que lleva a revelar la confirmación de sí mismos”.

Aquí volvemos sobre la homologación que hicimos en el Capítulo 2 entre las propiedades del discurso político que define Eliseo Verón y los textos de *Humor* que nosotros analizamos. El que se confirma a sí mismo es, en realidad, un tipo de lector (tal vez aquel prodestinatario del que habla Verón) sin el cual no habría medio. Pero no ayuda a comprender el ánimo polémico (en la denuncia, en el rechazo, en el contrapunto) que demuestran los periodistas de *Humor*. Hay, necesariamente, otros lectores inscriptos en los textos de nuestros periodistas: lectores disidentes o dubitativos, descreídos o desprevenidos, refractarios y detractores: contradestinatarios e indecisos.

Si partimos de esta premisa, por tanto, podemos precisar el alcance de la representación que le asignamos a *Humor*: ellos *representan*, no en tanto han sido encargados, mediante delegación, de hablar *por*; ellos *representan* pues tienen el poder de la publicación de las percepciones sociales diseminadas y, como dijimos, de la objetivación de lo que hasta ese momento permanece en estado implícito, invisible, mudo.

5. Fragmentos de un discurso antimemenemista: moralización de la política.

Bien, retomemos allí donde pretendimos definir al antimemenemismo; nos decía Marcos Novaro que la oposición a Menem afincó sus posiciones en el terreno moral e ideológico. Sí, *Humor* fue antimemenemista, participó de ese conglomerado de posiciones que así puede definirse, pero lo hizo con características que no conviene desapercibir: en todo caso, el antimemenemismo nunca fue un movimiento homogéneo; tal vez, nunca fue un movimiento.

Humor fue antimemenemista, aceptemos esta inclusión, y por eso participó del riesgo de serlo: cayó, como veremos, en lo que Antonio Gramsci, en sus escritos de la cárcel, denominó el error iluminista y que Pierre Bourdieu, varias décadas después, llamó la ilusión epistemocéntrica.

Ante todo, conviene ubicar estos “errores” (que ambos autores detectan en el pensamiento bien intencionado del “progresista”) en un marco preciso: el de la labor intelectual. Porque nuestros periodistas son, sobre todo, intelectuales. Son intelectuales profesionales. Están formados en la academia, y ese no es un dato menor: observado desde Bourdieu, esto implica una disposición, un habitus, una *razón práctica*. Gramsci (hay que decirlo: con el enorme mérito de haberlo hecho con menos elementos y más dificultades físicas que Bourdieu) fue muy sensible a este problema; advertía, en unas páginas dedicadas precisamente al periodismo en su rol de *organizador cultural*, sobre las implicancias de la formación intelectual en la mirada sobre lo social (1975:154): “Un error muy difundido consiste en pensar que cada estrato social forma su propia conciencia y su cultura del mismo modo, con los mismos métodos, es decir, con los métodos de los intelectuales de profesión. El intelectual es un ‘profesional’ (*skilled*) que conoce el funcionamiento de las propias ‘máquinas’ especializadas; tiene su ‘tirocinio’ y su ‘sistema Taylor’. Es pueril e ilusorio atribuir a todos los hombres esta capacidad adquirida y no innata, así como sería pueril creer que cada obrero puede hacer de maquinista ferroviario. Es también pueril pensar que “un concepto claro” oportunamente difundido se inserta en las diversas conciencias con los mismo efectos “organizadores” de claridad con que fue propagado; por eso aseveramos que este es un error “iluminista”. La capacidad del intelectual de profesión (...) es una “especialidad”, una “cualidad” y no un dato del vulgar sentido común”.

Veamos cómo se manifestó aquel “error muy difundido” del que habla Gramsci. Daniel Larriqueta (*Humor* 325) decía que el voto que los sectores más pobres habían depositado a favor de Menem en 1989 había sido una “*decisión moral y política*” y que la respuesta de Menem había sido “*un tino descomunal*”. ¿Por qué lo seguían votando entonces? El economista filo radical hablaba (*Humor* 342) del “*hechizo de la teología del ajuste*”. Enrique Kédinger (para quien el modelo se sostenía provisoriamente porque los perjudicados que votaban a quien los perjudicaba sobrevivían sumidos en *ficciones participativas*; *Humor* 436) se cansó, a lo

largo de seis años, de subrayar que la estabilidad de Cavallo tenía corto alcance y que a la larga lo que sobrevendría sería pauperización económica y cultural (La Matanza era el espejo del país futuro, nos alertaba en Buenos Aires en el purgatorio, *Humor* 436) y sus consecuentes secuelas de conflictos sociales. Esto, en rigor, lo sostuvieron todos los periodistas de *Humor*. Vázquez (que en su momento había desarrollado la tesis del *masoquismo en el cuarto oscuro*), por otro lado, decía que hacía rato que en las sociedades de masas ni los políticos ni los curas ni los rabinos imponían temas de agenda pública. “Hay un único lugar de realización común en las sociedades de masas: el televisor. La sociedad televidente votó el domingo 8 y por ser televidente y no participativa o lectora dejó de lado los antecedentes sobre corrupción del gobierno de Menem (...) y de tantos otros antecedentes que normalmente pesaría a la hora de tomar una decisión cívica como el destino del voto”. Ruiz Núñez (que había rechazado por soberbia la tesis de Vázquez) preguntaba si el electorado iba a votar con el bolsillo o con la moral. Decía que “los pobres” tenían miedo al recambio y por eso seguían eligiendo a Menem. Afirmaba, concluyente, que Argentina era un extraño país en el que la clase obrera era de derecha.

En este sentido, el corolario de las lecturas que hacen los analistas de *Humor* sugiere que, en el fondo, las razones de la continuidad del menemismo había que buscarlas en una razón cínica o en una razón suicida (15) o un pragmatismo de corto alcance (16), o, simplemente, en un mero costumbrismo temerario de los cambios agitados, todo bien amalgamado por la sordina o la deliberada voluntad de engaño de los medios de comunicación adictos al gobierno (17).

Proponemos, en todo caso, que se repare en los presupuestos implícitos en las afirmaciones: en conjunto, configuran los errores que queremos exponer. Por caso, el “carácter moral” del voto, o su alternativa, “el pragmatismo” miope, o el peso omnímodo de la televisión... Se trata de observaciones hechas desde un lugar preciso, por intelectuales *específicos*. Y el común denominador son las evaluaciones sobre las **razones del voto**. ¿Qué elementos juzga un ciudadano como decisivos a la hora de votar? ¿Por qué alguien vota como lo hace? Cualquiera sea la respuesta a estos interrogantes, ella nos dará la pauta de un modelo de pensamiento de la política en democracia. En realidad, para despejar cualquier misterio: los modos en que los periodistas de *Humor* resolvieron esos interrogantes dan cuenta de la tradición de pensamiento político que heredan y reproducen. Genéricamente, esa tradición es derivada de la Ilustración del siglo XVIII y puede denominarse *liberalismo político*. Son demócratas argentinos que escriben en la posdictadura, agradecidos de las libertades democráticas pero desencantados con los resultados sociales del sistema.

Pero lo que nos interesa en el caso de *Humor* es cómo reproduce una de las facetas de ese liberalismo político, faceta que Bourdieu ha definido como “ilusión epistemocéntrica”, que toma la forma de “un universalismo intelectualista”, apuntalado por la buena “conciencia democrática” y por “la creencia en los valores sagrados de la persona”.

Bourdieu (1999a:90-99) ha intentado desnudar las implicancias del “moralismo como universalismo egoísta”, conjunto de profesiones de fe democráticas que, en el intento de exponer posiciones universales, lo que hacen es universalizar sus problemas particulares. El sociólogo francés está analizando lo que él denomina *la scholè*, o la *doxa* escolástica, propia de todos los campos del saber cuya condición de existencia es el privilegio del tiempo libre para el trabajo intelectual y que Bourdieu denomina “el ocio estudiantil”. Y especialmente de una *disposición* académica, científica (18). Pero no parece desatinado intentar extenderla al análisis de nuestros analistas políticos que, como intelectuales, están dotados en cierta medida (19) del privilegio del “ocio estudiantil”.

A Bourdieu le interesan los discursos de buen talante democrático posibles de condensar en el modelo de la “acción comunicativa” de Habermas, y su presupuesto de que en el espacio público se genera una deliberación, libre y voluntaria, que conduce a un consenso racional. En rigor, el francés está discutiendo con lo que denomina “la fórmula generadora del pensamiento político inscripto en el modelo de Habermas”. Según dice, esa fórmula es la *doxa democrática*, “que hace de la elección política un juicio, y un juicio puramente político (...) lo que equivale a suponer que todos los ciudadanos poseen en un mismo grado el dominio de los instrumentos de producción política” (1999:94).

Para Bourdieu, este modelo pasa por alto “las condiciones de acceso a la esfera política, o más específicamente: el problema de las condiciones económicas y sociales de acceso a la opinión política en su definición legítima de discurso articulado y general sobre el mundo”. Para Bourdieu, volver sobre esas condiciones es reconocerle a los desposeídos (objetos, finalmente, del discurso democrático) el hecho de su desposesión. Por el contrario, la “ilusión intelectualista” arraiga en “la fe elitista en la opinión personal” y sólo puede coexistir “con la creencia en la universalidad del acceso al juicio ilustrado a costa de un colosal rechazo de las condiciones de acceso a esa opinión distintiva y distinguida”. Uno de los efectos de esta visión, que reduce las relaciones de fuerza política a relaciones de comunicación, es el “repliegue de la política al terreno de la ética”. Y desde una ética -por cierto ponderable- hace profesión de fe universalista que, al fin y al cabo, es “sólo fruto de la universalización (inconsciente) del caso particular, del privilegio constitutivo de la condición escolástica”.

En este sentido, Marcos Novaro (2004: 219) ha señalado que “mientras el menemismo fue una estrategia de construcción política

con un débil sostén intelectual y de convicciones, en el caso del antimemismo sucedió lo contrario: las estrategias que lo vertebraron pueden haber sido por largo tiempo fragmentarias e inconsistentes, pero se cimentaron en una amplia postura intelectual y en precisas definiciones estéticas, que proveyeron a aquellas una amplia gama de convicciones morales” (20).

La lucha política como combate por la conservación o transformación de las categorías de percepción del mundo social: de esto venimos hablando. Y lo que queremos decir es que una de las batallas más fuertes en ese plano *Humor* la libró procurando moralizar la cuestión política, haciendo de la vida política una cuestión moral. Enrique Vázquez (Bolsa de valores, *Humor* 317) afirmaba que “en Argentina más que una crisis de valores asistimos a la consagración de una serie de valores desvirtuados”. Valores sin virtud; virtud, como preocupación por el bien de todos; valores egoístas, entonces, culto al materialismo y al individualismo. Este, para *Humor*, fue un drama indisociable del problema político que implicaba el menemismo. En rigor, el menemismo se sostenía por el éxito de estos valores. Por eso, las prescripciones sobre la necesidad de una *eticidad* social, y más aun, la insistencia por definir a la cuestión social por su carácter moral fue la batalla que *Humor* compartió con el antimemismo, si por este asumimos la definición que nos ofrece Novaro.

Luego, *la doxa democrática, el error iluminista*, la conversión de aquel diagnóstico al estatus de criterio universal de evaluación de la política. Vivimos en otro país, titulaba Oscar Muño (*Humor* 298) una nota luego de las elecciones legislativas nacionales de 1991, y sostenía que se había producido un cambio en el sentido histórico del voto de los argentinos: “La gente —en particular la gente sencilla, a juzgar por los resultados de las villas y zonas pobres de todo el país— cree que el orden social vigente es inmodificable. Y no le parece mal. Es más: le parece justo” (21).

Pero lo más interesante de la participación de *Humor* en la *doxa democrática* fue **la paradoja** en la que cayeron al afirmar (luego de haber señalado las variantes de *las razones* que guiaban el voto) que el menemismo triunfaba por efectos que mucho tenían de superchería. Vázquez habla del *éxito hipnótico del menemismo* (El menemismo real, *Humor* 305); Kédinger se pregunta: “¿Se agota la magia Menem? (título de nota publicada en *Humor* 322); y Lariqueta intentaba explicar el triunfo de lo que denominaba como “*hechizo de la teología del ajuste*” (La teología del ajuste llega a los altares, *Humor* 342). Así, el electorado ya no vota con argumentos, deliberando, consensuando (es que incluso la razón cínica o el pragmatismo miope reclaman razonamiento, instrumental para elaborar un pensamiento político): vota y decide de modo casi supersticioso, movilizado por el tipo de creencia que reclama la magia o la brujería.

En suma, fueron todos ellos las variantes del discurso *antimemista*: una pléyade de visiones sobre el gobierno, la sociedad, la legitimación, el dominio, la política. Que percibían una casa en ruinas, un país con destino condenado. El *antimemismo* de *Humor* constituyó, por consiguiente, una febril voluntad de *insubordinación*. Una deconstrucción de una cotidianidad que no ocultaba su obscenidad y al mismo tiempo se exhibía normal, natural, uniforme. Cabezas de tormenta, los periodistas de *Humor* se abocaron al *entendimiento* del menemismo. Lucha cuerpo a cuerpo, idea a idea con un fenómeno que transmitió repulsión, sentido de lo insólito, desconcierto, pero a la vez respeto, consideración, duda. *Humor* fue la imagen del guardián de verdades y valores que el modelo menemista (en su visión, un modelo patológico) ultrajó a diestra y siniestra bajo poderes magnéticos: corrupción, farándula, hipocresía, clientelismo, individualismo. Así, fue el intento prosístico de una purificación democrática, republicana, constitucional. De interrumpir el naufragio total, de cachetear el presunto estado vegetativo de la sociedad, de alertar los sentidos de la resistencia, de polemizar la conciencia de la oposición, de atestiguar una debacle moral. No podemos decir que haya sido una tarea solitaria. Pero en todo caso, como parte de ese conjunto de posiciones que definimos como antimemismo, *Humor*, entre los años 1989 y 1995, luchó por alcanzar algo que no llegó (la derrota de Menem) y, al mismo tiempo, lanzó los anuncios de los escenarios malditos por venir, que finalmente llegaron. *Un flaco aliciente para el derrotado ese privilegio de haber predicho con exactitud el horizonte que se avecinaba. Tan flaco como victoria pírrica. Pero no hubo victoria, ya lo dijimos: Humor (sin querer o queriendo, eso no importa) escribió la crónica de una derrota.*

Diez años después, las sensaciones nos son las mismas. Tampoco las miradas. Por eso nos preguntamos: ¿y a posteriori qué se ganó, qué se perdió?

Notas

(1) Desde una investigación socioeconómica sobre las transformaciones públicas y privadas del menemismo, se prevenía sobre el abordaje de tal “objeto de estudio”: “Intentar develar la cuestión del menemismo y de la figura de Menem desde las representaciones sociales, resulta complejo y hasta altamente contradictorio. Pues excede el limitarse a uno sólo de los ámbitos en los que dicha imagen se construye. Queremos decir que resultaría parcial restringirse a un análisis teniendo en cuenta sólo aquellos aspectos ligados a lo económico, como también simplificaría el problema el constreñirse sólo al campo de lo político. Por ello no basta con explicaciones reduccionistas, que sin duda también existen en los discursos de la gente, como la del “voto-cuota” y la estabilidad. Este es uno más de los tópicos a contemplar en el entretreído de aspectos, que tanto tienen relación con lo global como con lo local, y que van armando el rompecabezas de los imaginarios de la población”. Isla Alejandro; Lacarrieu, Mónica; Selby Henry: *Parando la olla. Transformaciones familiares*,

representaciones y valores en tiempos de Menem. Grupo Editorial Norma. Bs. As. 1999.

(2) Probablemente la primera gran sorpresa que generó el menemismo fue la alianza tejida para promoverlo, la conjunción de “establishment” y “populacho”: esa fue la primera decolocación. Tal vez porque los opositores —no sólo Humor— nunca comprendieron (o nunca aceptaron) que la incoherencia puede ser eficaz; o mejor, como decía Gramsci (1975:146) hace 70 años: “no siempre son los movimientos más coherentes e intelectualmente ricos los que triunfan. Con frecuencia, un movimiento triunfa por su propia mediocridad y elasticidad lógica: todo puede ser, los compromisos más llamativos son posibles, y éstos justamente pueden ser razones de triunfo”.

(3) Pero en rigor no es culpa propia: es más bien, la sensación de que se ha hecho todo lo que estaba al alcance de la mano para advertir sobre los peligros del menemismo y sin embargo esos alertas no han sido atendidos.

(4) Visión la de Abraham que Antonio Camou (1999) amplió con la siguiente reflexión: sí, de la política se ocuparon los economistas, que fueron los *consejeros de Menem* y dueños de un saber técnico hegemónico. Aunque claro que no fueron los únicos. Lo explicaba del siguiente modo: “Estos grupos de economistas y técnicos conformaban un núcleo más o menos congruente de individuos que se harían cargo de estratégicas responsabilidades de gobierno; también estos promotores de ideas eran personas influyentes que irradiaban sus ideas por diversos canales y hacia diferentes públicos, a la vez que cumplían una función de intermediarios entre las visiones e intereses de políticos, funcionarios de organismos multilaterales, empresarios, sindicalistas, operadores financieros y otros actores del proceso de elaboración de políticas económicas”. Que además eran integrantes de fundaciones, consultoras, centros de investigación, empresas patrocinadoras de proyectos. Una red de conocimientos que consolidó la figura del especialista, del experto. Los ideólogos de la derecha, del modelo neoliberal, pero no como intelectuales orgánicos sino desde la sacrosanta imagen del experto. A los que Juan Gelman, paradójicamente, no les ponía demasiadas fichas de permanencia: “La hegemonía intelectual de la nueva derecha es efímera. Carece de propuesta social y de una filosofía política abarcadora. Su teoría social es muy flaca: se apoya en un análisis reductor de las relaciones y las instituciones sociales que dimana del proyecto apriorístico de libre mercado que el capitalismo incumple puntualmente. La nueva derecha es oportunista. No tiene principios, sólo intereses. No tiene ideas, tiene el poder” (“Percantans”, 1994, en *Prosa de Prensa*, Grupo Editorial Zeta, Bs. As., 1997).

(5) “Estética Posmoderna” que desde el punto de vista de Eduardo Pavlovsky se apoyaba en una fuerte dosis de obscenidad moral. Si artistas, intelectuales y periodistas no fueron capaces de trascender un estado de chatura creativa, de reflexión crítica, fue porque resultaron cómplices de la exhibición descomunal de una lógica corrupta. Así lo explicaba: “En esta posmodernidad menemista se está produciendo una nueva forma de subjetividad: la legitimación del individuo perverso. Interiorización obvia del individuo radicalmente obsceno, pornografía de la transparencia, exhibicionismo perverso de las fallas éticas. Todo vale. Todo se hace visible. Nada se oculta. Todo se devela públicamente. Con orgullo. Todo debe ser develado ante la mirada atónita de individuos que miran sin mirar, sin imaginar, carentes de capacidad crítica. La fractura de solidaridad exacerba la cultura del individualismo a ultranza narcisista hasta el límite de la obscenidad. El nuevo fenómeno es la corrupción de la ética, tomada en su propio exhibicionismo, sin máscaras ni maquillaje” (“Obscenas sin maquillaje”, Página/12, 18 de diciembre de 1990).

(6) Wolton, Dominique: *Pensar la comunicación, puntos de vista para periodistas y políticos*, Editorial Docencia, Fundación Hermandarias, Buenos Aires, 2001. No es en vano traer a colación un análisis semejante de Bourdieu, para quien el espacio que el periodismo televisivo otorgaba a los intelectuales estaba restringido por espacios publicitarios, pautas vertiginosas de discusión, planos efímeros e impactos visuales por sobre el valor de la palabra.

(7) Hace no mucho tiempo, un integrante del grupo musical *Los Nocheros* establecía un comentario en esta dirección. Es sugerente el modo en que despreciaba el carácter intelectual de cierto periodismo. Veamos: “Me enteré que un periodista habló bien de nosotros en una nota y lo escracharon porque escribe para el grupo de los intelectuales amigos que escuchan Chick Corea y Miles Davis”. Una expresión maravillosa: concentrada en esta visión pero percibida en convenciones mediáticas, existen periodistas, periodistas políticos, periodistas serios, periodistas populares, periodistas deportivos y periodistas de los intelectuales. Distinciones que, como veremos, son ajenas a nuestro análisis.

(8) Respecto a ello, Christian Ferrer, a propósito de Néstor Perlongher, sugirió lo siguiente: “Percibimos a Perlongher como un pensador crítico, aunque no nos atreveríamos a insertarlo fácilmente en el escaque de los “intelectuales”, y no porque precisamente la historia de ese oficio no le concerniera sino porque había en él algo refractario al rótulo”. Quizás dicha apreciación apunte a un uso: ¿cambiaría en algo situar a los periodistas de *Humor* más bajo la órbita del *pensador crítico* que de la del *intelectual*? En todo caso, ampliamos la sugerencia: no todos los intelectuales son pensadores críticos del poder, aunque sí lo fueron, según observamos, los periodistas de *Humor*. *Intelectuales críticos*. No obstante ello, ambas categorías siguen siendo complejas de ser pensadas por fuera de la generalidad que las caracteriza.

(9) Cuando decimos una elección en la toma de posición dentro del campo político, nos referimos exclusivamente a la relación de oposición que la revista tomó respecto al menemismo.

(10) Así lo explicaba Bourdieu (2002:64): “La lucha política apunta esencialmente (...) a reforzar o modificar la visión del mundo social. Los periodistas juegan así un rol central, ya que entre todos los productores de discursos, son quienes disponen los medios más potentes para hacerlos circular o imponerlos. Ocupan de ese modo un lugar privilegiado en la lucha simbólica por hacer ver y hacer creer”.

(11) Tomamos esta noción de Eliseo Verón (1985): El análisis del contrato de lectura, un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media, en *Les medias: expériences, recherches actuelles, applications*. IREP, París.

(12) Sería por demás interesante hacer un seguimiento de las cartas de lectores. Encontraríamos muchas enviadas por personas que se reconocen “lectores de Humor” pero que escriben a propósito de algún desacuerdo con afirmaciones hechas por algún redactor de la revista.

(13) En una de tantas veces, Enrique Vázquez (¿Achicar el Estado era agrandar que cosa?, *Humor* N° 356) escribía: “Obligados a replicar tarde y mal en una discusión que nos tomó de sorpresa, los autodenominados sectores progresistas de la sociedad no supimos más que recitar eslogan y letanías dogmáticas cuando desde la trinchera de enfrente nos impusieron la consigna Achicar el Estado es agrandar la Nación”.

(14) “Idealmente” en los términos en que Verón describe la figura del prodestinatario. Ver capítulo 2.

(15) En El presidente, el abogado, la mujer y el traficante (*Humor* 299), E. Vázquez critica a aquellos electores que “*prefieren perdonar conductas éticas reprochables con tal de preservar la estabilidad económica*” lograda sobre las penurias de los más pobres; “*el mandato electoral, agregaba Vázquez, se ejecuta así en contra de los intereses permanentes del elector*”, que entre lo correcto y lo conveniente elige lo segundo.

(16) Enrique Kédinger (en Buenos Aires en el purgatorio, *Humor* 436) se enojaba con la “burguesía”: “*Esa clase detesta al mismo personaje que los gronchos votan por hábito, y lo vota, detestándolo, porque les vendió una estabilidad rara: en 1991 no te servía si ganabas menos de \$3000 por mes; hoy no tener sirve si ganás menos de \$5000*”.

(17) En Con el bolsillo o con la moral, Héctor Ruiz Núñez afirmaba que el modelo neoliberal, tanto en el mundo como en Argentina, había sido “*un proyecto bien vendido*” por los medios de comunicación. En El cogobierno (*Humor* 311) Enrique Vazquez habla del “*vaciamiento informativo*” al que es sometida la población por la complicidad de parte de la prensa con el menemismo.

(18) Bourdieu está estudiando al homo academicus, portador por antonomasia de la *doxa escolástica*. La extensión del análisis a los periodistas de *Humor* está precavida de este hecho.

(19) En cierta medida, es decir, en la medida en que, como bien ha señalado Patrick Champagne (1998:248): “el periodismo es una actividad intelectual muy particular que sólo puede existir y durar con la condición de ser económicamente rentable en el corto plazo...”.

(20) Reforzamos la observación de Novaro con el testimonio de Tomás Abraham (Abraham (2002b): “... Más allá de algunos atributos, la renuncia al análisis de los dispositivos del poder económicos y de sus efectos impide elaborar un pensamiento político. Lejos de la política y de la economía, el discurso intelectual se movió en el único espacio que le quedaba para ser escuchado: el discurso ético. Los intelectuales hace diez años que ya no sólo vivimos nostálgicos, sino también indignados. Estamos enojados con el presente más que con el pasado”.

(21) Y luego, sobre el final de la nota, Muiño se tomaba de la mano con Vázquez y su tesis del masoquismo electoral: “La solidaridad y las ideas han quedado enmohecidas, olvidadas, en el ático de las antiguallas. Un modelo duro, basado en lograr la confianza de los poderosos merced al desarme de los humildes, acaba de ser plebiscitado por sus presuntas víctimas”.